



TIEMPO DE MEMORIA

Joakim Garff

KIERKEGAARD

El filósofo de la angustia y de la seducción

TUSQUETS
EDITORES

JOAKIM GARFF
KIERKEGAARD
El filósofo de la angustia
y de la seducción

Traducción del danés de Juan Evaristo Valls Boix

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *SAK. Søren Aabye Kierkegaard. En biografi*

1.ª edición: febrero de 2024

© Joakim Garff, 2000

Publicado por acuerdo con GEC Gads Forlag,
Copenhagen, y Copenhagen Literary Agency ApS, Copenhagen.

La traducción de esta obra ha recibido una subvención
del Statens Kunstfond / Danish Arts Foundation



© de la traducción: Juan Evaristo Valls Boix, 2024

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-398-1

Depósito legal: B. 380-2024

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Nota del traductor	17
Prólogo del autor a la edición española	23
Introducción	29
Primera parte	
1813-1834	37
El tenedorcillo, 41 - Un tenedor que se doblega, 47 - Søren Cal- cetín, 52 - Dos bodas y un incendio, 58 - Studiosus Severinus, 62 - <i>Alma Mater</i> , 65 - Los bajos fondos de Copenhague, 69 - El bala perdida, 75	
1835	86
Las silenciosas voces de los muertos, 86 - Verano en Gilleleje, 89 - «...encontrar la Idea por la que viviré y moriré», 96	
1836	101
«Salto mortal en la Siberia de la libertad de expresión», 101 - Calcular el ángulo de inclinación en el círculo mágico hei- berguiano, 109 - Studiosus Faustus, 116 - <i>La querella entre los antiguos y los modernos jaboneros</i> , 124 - Poul Martin Møller, 130 - «Esbozos morales al natural». Afectación y autoengaño, 133 - «Ensayo entre bambalinas», 140	
1837	147
¿ <i>Sturm und Drang</i> ?, 147 - Maria, 157 - <i>Tedium vitae</i> en Løvstræ- de, 161 - «¡Querido Emil!! Mi amigo, mi único amigo...», 165 - La juerga de la lectura, 170	

1838..... 174
«Es una alegría indescriptible», 174 - Muerte de un viajante, 177
- «El gran terremoto», 179 - *De los papeles de alguien que todavía vive*, 188

1839..... 198
El joven rico, 198 - El Traductor, 201 - «Mi preparación para el examen es el paréntesis más largo», 204 - La peregrinación de un dandi, 206

Segunda parte

1840..... 217
Regine, *in memoriam*, 217 - Señorita O., 219 - De los papeles de alguien que ya murió, 223 - Tiempos de terror, 230 - «Ella eligió el grito; yo, el dolor», 236

1841..... 239
Sobre el concepto de ironía, 239

1842..... 246
Al desnudo en Berlín, 246 - «El estético es, por encima de todo, mi elemento», 252 - El turista sin sentido ni propósito, 254

1843..... 263
O lo uno o lo otro, 263 - «Un monstruo de libro», 267 - Exilio literario, 275 - Erotismo espiritual, 277 - El gesto de Regine, 279 - Berlín, otra vez, 280 - *La repetición*, 284 - «¡Alabado sea el cuerno de postillón!», 289 - Llegar a ser uno mismo una vez más es convertirse en otro, 291 - La intervención de la realidad, 296 - 1:50, 300 - El texto retractado, 302 - Temor y temblor, 305 - *Abraham* y el cuchillo: Agnes y Farinelli, 312 - «... una grieta por la que asoma el Infinito», 315

1844..... 321
El concepto de angustia, 321 - La angustia cautivadora - Páginas del manual de un seductor, 325 - Diario de la seducción, 335 - Ah, escribir un prólogo, 339 - Reseñas, 341 - Israel Levin, 346 - «Ven un momento a verme», 351 - Creer es esperar lo alegre, lo feliz, lo bueno, 354

1845. 361
 «Lo bastante grande como para ser una gran ciudad», 361 - «... A punto estuve de ponerme a bailar con ellas», 365 - «Baño de gente», 370 - «Por supuesto, soy un aristócrata», 379 - «Yo creo que Grundtvig es un disparate», 380 - Kierkegaard en la iglesia, 388 - «La gente piensa que soy un farfullero», 396 - *Etapas en el camino de la vida*, 402 - Los fragmentos intercalados, 406 - «Pruebas de escritura», 420 - Exit: Heiberg, 425 - *Post scriptum*: Kierkegaard, 429

Tercera parte

1846. 435
 «El mártir de la risa», 435 - *El Corsario*, «un periódico de Satán», 437 - Una composición cómica y el hermoso abrigo de Goldschmidt, 440 - «Soy judío, ¿qué hago entre vosotros?», 443 - La maldad viste una gabardina Mackintosh: Peder Ludvig Møller, 447 - «Una visita a Sorø», 452 - «Ojalá aparezca pronto en *El Corsario*», 456 - El cañonazo de *El Corsario*, 458 - Del *post scriptum* de Møller al *post scriptum* de Kierkegaard, 465 - Admiración y envidia: cuando una palabra lleva a la otra, 469 - «El jorobado bizco», 473 - El gran cambio, 476 - «La escuela de la vejación», 479 - *Los vecinos de enfrente*, 484 - «S. Kierkegaard y sus censores», 489 - «...este manto sudoroso y asfixiante que es el cuerpo», 495 - El toro de Fálaris, 499 - «¿...qué sabe realmente el médico?», 502 - «... pues he amado mi melancolía», 507 - Adolph Peter Adler, 510 - *El libro sobre Adler*, 514 - «Confusiones de primera clase», 517 - Pablo y el fabricante de tiendas de campaña Hansen, 519 - Exaltación: 7-14-21; 7-14-21; 7-14-21, 521 - «La voluptuosidad de producir», 524 - Grafomanía, 529 - «*Rad. Valerianæ*», 533

1847. 536
 «¿Acaso desea también que ausculte el latido de su cerebro?», 536 - La prensa, «fábrica de lodo estatal», 545 - Viajar es escribir, y viceversa, 549 - «El baño de aire», 551 - «Lo uno y lo otro», 555 - Regine Schlegel, 560 - «Un gobierno popular es la verdadera imagen del infierno», 562 - «Esta es la idea de lo religioso», 568 - «Cien mil infrahumanos gruñendo», 570 - «... quizás suene la alarma en el campamento y sea yo la víctima maltratada», 574 - «Usted espera a un tirano, yo espero a un mártir», 576 - Dios odia las pirámides, 579 - Libertad, igualdad y misericordia,

582 - De las finanzas de alguien que todavía vive, 584 - Libros y dinero, 587 - «Año tras año por cuenta propia», 594

Cuarta parte

1848. 603

El despilfarro al servicio de la Idea, 603 - «Copenhague es una ciudad muy asquerosa», 607 - *La enfermedad mortal*, 614 - «... formarse una idea de Dios bastante distinta de la verdadera», 616 - «Poesía de la eternidad», 620 - Publicar o no publicar, 623 - *El punto de vista sobre mi actividad como escritor*, 626 - «¡Qué no podría producir esta pluma...!», 630 - «Pero entonces ya no puedo decir “yo”», 633 - Administrador de su propia fama, 639 - «Mi padre murió, así que puse a otro padre en su lugar», 642 - «Me toman por una especie de inglés, original y medio loco», 648

1849. 653

Varias dedicatorias y un rechazo, 653 - La *Dogmática* de Martensen, 656 - Un domingo en el Athenæum, 660 - Rasmus Nielsen, 662 - El boletín de Fredrika Bremer, 670 - El sueño de Kierkegaard, 675 - La carta sellada para el señor y la señora Schlegel, 679 - «Vuelve en otra ocasión», 685 - Jakob Peter Mynster, 687 - «Cuando miro a Mynster», 704 - *Dos ensayos ético-religiosos*, 712 - Voluntad de impotencia, 714 - El ventríloquo que decía «yo», 717 - El poeta del martirio: el martirio del poeta, 719 - «Dr - Exstaticus», 724

1850. 731

Ocho maneras de no despedirse, 731 - Días de mudanza, 736 - *Ejercitación del cristianismo*, 740 - «Un juego impío con lo sagrado», 745 - El Dios idiota y su tiempo, 747 - Las voces del escándalo, 751 - «Y ¿a qué viene todo este ocultamiento?», 754

1851. 761

«Aquella línea sobre Goldschmidt fue fatídica», 761 - Kierkegaard en la iglesia de la Ciudadela, 767 - Cartas de fans, 769 - La dedicatoria a Regine, 773 - Un tonto de pueblo teológico, 775

1852. 778

«Llegaba caminando como si viniera desde el horno de cal», 778 - El último apartamento, 784

1853.	787
Toda una vida en el Inframundo, 787 - Nielsen, un canalla demoniaco, 794 - «Un día vi venir el ómnibus de los cadáveres», 796 - «Los precios van a subir en el salón», 798 - S. A. vs A. S., 804 - «El cristianismo es una invención del demonio», 812	

Quinta parte

1854.	817
«Un testigo de la Verdad endemoniado», 817 - «¡Así es como se da sepultura a un testigo de la verdad!», 822 - «Provocar una catástrofe», 824 - «El señor Kierkegaard es un hombre sin ninguna seriedad», 825	

1855.	831
«Mi contrincante es un mocoso», 831 - Virginie y Regine: perder lo máspreciado, 837 - «Muy sencillo: quiero honestidad», 838 - «Liberaos pues de la pseudonimia», 841 - <i>El Instante</i> , 845 - «Y de repente, ese poeta se transformó», 847 - ¡Fuera la interioridad!, 850 - «El sacerdote, esa encarnación del sinsentido vestida con sotana», 852 - La muerte de Dios, 859 - La réplica de Grundtvig, 862 - «El pastor P. Chr - Kierkegaard, Lic. Teol., mi hermano», 864 - «Sucedió una vez en un teatro», 867 - «Ah, escucha, ¡dulce hijo de perra!», 872 - «Comes con los cerdos», 876 - Paciente número 2067, 878 - <i>Post mortem</i> , 890 - Un cuerpo enjuto que no tiene donde caerse muerto, 892 - El testamento, las subastas y un misionero psicópata, 897 - Los papeles que nadie quiso, 905 - La miseria de Peter Christian, 907 - La mujer entre las tumbas, 911	

Apéndices

Bibliografía.	917
Abreviaturas y referencias.	925
Notas.	927
Índice onomástico.	949
Créditos de las imágenes.	957

<i>Pliego 1</i>	[320-321]
<i>Pliego 2</i>	[384-385]
<i>Pliego 3</i>	[704-705]
<i>Pliego 4</i>	[832-833]

Kirkkegaard, Kirkegaard, Kiersgaard, Kjerkegaard, Kirckegaard, Kerkegaard, Kerckegaard, Kierkegaard.

Los registros parroquiales testimonian que este nombre es uno de los más inestables y engañosos. Desde luego, tiene algo que ver con un «cementerio» [*kirkegård*], pero no en el sentido habitual. El nombre proviene de un par de granjas que se encontraban junto a la iglesia de Sædding, en medio de los páramos de Jutlandia, unos veinte kilómetros al sudoeste de Ringkøbing. Las dos granjas solían llamarse coloquialmente «los camposantos» [*kirkegårde*] por su emplazamiento, justo al lado de la iglesia. En una de ellas nació Michael el 12 de diciembre de 1756, hijo del aparcerero Peder Christensen Kierkegaard, que adoptó el nombre de la granja para mostrar que él y su familia provenían de allí. La ortografía habitual era en un principio simplemente «Kirkegaard», pero después se convirtió en «Kierkegaard», una grafía en que puede escucharse un eco lejano del modo en que el nombre se pronuncia en Jutlandia.

Catorce años después de que viniera al mundo Michael, el cuarto hijo de la familia, nació el noveno y último de sus hermanos. Las tierras eran áridas y de difícil cultivo y la familia se sumió en la pobreza, por lo que después de algunos años muy duros desempeñándose como pastor, Michael abandonó la granja de sus padres. Apenas tenía once años. En aquella zona el viento inclina los árboles hacia el oeste, y Michael siguió su rumbo. Acompañado de un ganadero de Lem, marchó al Copenhague de Cristián VII, donde su tío materno, Niels Andersen Seding, que dirigía una lencería de lana en un sótano de Østerbro, lo tomó como aprendiz. Allí Michael comenzó como chico de los recados, luego fue tendero, y en la Navidad de 1780 obtuvo la licencia comercial y pudo montar su propio negocio. El género que vendía Michael Kierkegaard se componía de calcetines de hilo, gorros de lana, guantes provenientes de Randers y diversos productos irlandeses, que vendía durante breves viajes comerciales a Hillerød y Helsingør. El entusiasta comerciante debió de aprender a convertir en oro esos pe-

queños artículos, pues junto con su socio, Mads Røyen, pudo adquirir con tan solo veintinueve años la finca del número 31 de Købmagergade. Mientras que Røyen se mudó allí, Kierkegaard se instaló en el número 43, donde abrió su propio negocio en Glarmester Clausens Kiølder [el sótano del cristalero Clausen].¹

Si sus productos eran de lana, sus métodos eran también ladinos. Poco después de que el negocio abriera, los tratantes de seda y minoristas de ropa locales denunciaron a Kierkegaard y a otros comerciantes de Jutlandia ante los maestros del gremio, que hicieron una redada en sus negocios y encontraron tejidos franceses y cintas de seda. Como no tenían permiso para vender productos de tal calidad fueron sancionados por el gremio con elevadas multas, pero los comerciantes llevaron el caso a las autoridades y expusieron que la regulación legal del negocio era tan enrevesada que difícilmente podía entenderse. Las quejas tuvieron su resultado y la resolución del 30 de julio de 1787 reconoció a los lenceros el permiso de comerciar con toda clase de tejidos de lino y lana, además de otros de origen danés como el fieltro y el *multum* —una franela tupida, bastante tosca, solo tratada por un lado—. Un año después, Kierkegaard tenía derecho a comerciar con productos provenientes de China y las Antillas: azúcar, siropes y café. Sin embargo, continuó defendiendo su causa hasta la Corte Suprema, que falló a su favor, concediéndole permiso para tratar con artículos de lujo como algodones y sedas. Los lenceros de lana de Jutlandia habían ganado la batalla a los lenceros de seda de Copenhague.

La economía era próspera, y Kierkegaard no se encontraba entre quienes despilfarraban sus ganancias. Invirtió su dinero en diversas propiedades de Købmagergade, Peter Hvitfeldtsstræde, Kalveboderne, Skt. Pedersstræde, Knabrostræde y Helsingørgade, y evitó de puro milagro el incendio que asoló Copenhague en 1795. Cuando cobró al año siguiente una herencia de su acaudalado tío materno, adquirió una parcela de tierra en Sædding, donde construyó una hermosa casa roja de madera de roble para sus padres y tres de sus hermanas pequeñas, Karen, Sidsel Marie y Peder. Cualquiera podía ver que a Michael le había ido bien en la capital. Aunque nunca volvió a Sædding, mantuvo correspondencia con su hermana Else, que nació el mismo año en que Michael se marchó del pueblo.

En sus primeros años en la capital, el círculo de amistades de Michael se componía principalmente de inmigrantes de Jutlandia pertenecientes al gremio. Por ello, no fue una gran sorpresa que Michael Kierkegaard desposara el 2 de mayo de 1794 a la hermana de Røyen,

Kristine Nielsdatter. También se decía que era una cuestión de edad, pues él tenía treinta y ocho y Kristine era solo un año más joven. Con una fortuna de quinientos sesenta y ocho táleros reales, Kristine era un buen partido, aunque no sabemos si los recién casados congeñaron, pues el registro matrimonial solo informa de los hechos básicos: «Michael Peter Kiærsgaard, lencero, y Kristine Royen se unieron en matrimonio el 2 de mayo en la iglesia del Espíritu Santo». El matrimonio duró dos años y no tuvo hijos. Kristine murió de neumonía el 23 de marzo de 1796 y fue enterrada tres días después en el cementerio de Assistens.²

Menos de un año después, Michael Kierkegaard traspasó su floreciente negocio a su primo Mikael Andersen Kierkegaard y a Christen Agerskov, un sobrino de su antiguo suegro. La decisión cogió por sorpresa a colegas y conocidos, pues si bien Kierkegaard se quejaba a menudo de diversas dolencias, todos pensaban que era mera hipocondría: aquel hombre no tenía ningún achaque físico. Aunque se desconocen los motivos que le llevaron a traspasar el negocio, la gestión fue parte de un episodio que resultaría fatal para el ingenioso comerciante: sin atender a ningún principio ni plan, Michael preñó a la doncella que tenía a su servicio, Ane Sørensdatter Lund, con la que, en consecuencia, tuvo que casarse. Aunque el reglamento de 1724 prescribía a las viudas guardar un año de luto hasta contraer segundas nupcias, y solo imponía tres meses a los viudos, el tropiezo de Kierkegaard no fue solo un desliz embarazoso, sino que tuvo un alto coste —literalmente—. En el contrato matrimonial, que presentó el 10 de marzo de 1797 al procurador Andreas Hyllested, quedaba claro que la pareja *no* conviviría. En caso de fallecimiento del esposo, la viuda heredaría la casa y una pensión de doscientos táleros reales al año, y recibiría también una herencia de dos mil táleros para mantener futuros hijos, si los hubiere. Además, el contrato decía: «En la circunstancia inesperada de que los caracteres de los esposos se muestren incompatibles, se ha de garantizar que podamos vivir por separado, por lo que mi futura esposa podrá recuperar su ajuar, y le proporcionaré el importe de tres mil táleros reales para la adquisición de lo necesario para vivir, además de una pensión anual vitalicia de cien táleros». Por último, se indicaba que los niños deberían vivir en casa del padre tras cumplir los tres años.³

El procurador Hyllested se negó a aprobar el acuerdo matrimonial. No solo la situación económica del marido era holgadamente superior a los términos ofrecidos a su esposa e hijos, sino que además era tan inusual que en un contrato matrimonial se incluyeran tantas

disposiciones concernientes al divorcio *antes de* consolidar la unión, que se pidió que Kierkegaard presentara una nueva versión menos mezquina que la anterior. Kierkegaard siguió las indicaciones de su procurador, los papeles se firmaron y entonces pudo la doncella, un tanto desconcertada y embarazada de cuatro meses, prometer fidelidad eterna a quien había sido su señor en una boda tranquila que se celebró en casa, y que se registró para la posteridad en los siguientes términos: «Michael Kiersgaard, de profesión lencero, viudo, y la señorita Ane Sørensd. Lund se unieron en matrimonio el 25 de abril en su casa, en Kiøbmagergade».⁴

Ane nació el 18 de junio de 1768. Fue la hija menor de Maren Larsdatter y Søren Jensen Lund, proveniente de Brandlund, en Jutlandia, de quien se dice que fue un hombre «alegre y divertido». Tenían una vaca y cuatro ovejas, y fueron agraciados con dos hijos y cuatro hijas. La primera se llamó Mette, y las tres siguientes Ane, Ane y Ane. Estos nombres podían prestarse a confusión, y solía llamarse «pequeña Ane» a la menor de todas. Tras su confirmación, se marchó a Copenhague para trabajar como doncella al servicio de su hermano, Lars Sørensen Lund, que se había casado con la viuda de un destilador y por ello tenía también un importante compromiso con una destilería situada en Landemærket, Copenhague. Pero las condiciones del servicio eran tan penosas que Ane no tardó en pasar a servir a Mads Røyen, y más tarde, en 1794, fue enviada a servir al recién casado Michael Kierkegaard. A partir de entonces, Ane no tuvo mucho contacto con su familia. Su hermano Lars fue el padrino en el bautizo de su primera hija, pero dos años más tarde, el bautizo de la segunda fue más pomposo y elitista, y el hermano destilador ya no fue invitado. Según las escasas fuentes disponibles, Ane debió de ser una mujer amable y rolliza con ideas sencillas y apacibles. No sabía escribir, por lo que alguien le asistía cuando firmaba documentos públicos. Quizás pudiera leer un poco, pero sus lecturas no eran demasiado profundas: dos de los escasos libros que poseía eran los *Salmos y rimas históricas para el aprendizaje infantil*, de Hagen, y *El arpa de Sión. Un regalo de Navidad para la congregación cristiana*, de Lindberg, con canciones de autores como Kingo, Brorson, Ingemann, Grundtvig y el propio Lindberg. Dada su condición calmada y poco inquieta, nadie le hizo un semblante ni la retrató en sus versos, y quizás solo podamos conocerla a través de las representaciones de la época del ama de casa como un factótum útil y tranquilo del hogar. Søren Aabye no la menciona ni una vez en sus diarios, y no le dedicó un solo escrito —ni siquiera un discurso edificante.

Ane y Michael formaban una pareja atípica en muchos aspectos, pero con el tiempo aprendieron a quererse y vivieron a todos los efectos como un verdadero matrimonio. Trajeron al mundo a tres niñas en los primeros cinco años de casados: Maren Kristine nació el 7 de septiembre de 1797, Nicoline Christine, el 25 de octubre de 1799, y Petrea Severine nació en 1801, de nuevo un 7 de septiembre. Cuando el *pater familias* escribió su testamento en 1802, fue mucho más generoso que en la redacción del contrato matrimonial. Es cierto que de nuevo se detuvo notablemente en las consecuencias de un eventual divorcio —«Dios lo impida»—, pero en tal caso Ane tendría ahora garantizada una pensión dos veces mayor a la anterior, y si falleciera su esposo debería heredar un tercio de su fortuna, mientras que el resto correspondería a los hijos. En el mismo año, 1802, Kierkegaard y su antiguo suegro, Mads Røyen, compraron dos casas en Hillerød. Los nombres de ambas sugieren de por sí dimensiones: Røyen se asentó en «Petersborg» [la fortaleza de Peter], mientras que la familia Kierkegaard se mudó a «Slotskroen» [la posada del castillo], una finca con un majestuoso jardín en pendiente hacia el lago. Cuando su primer hijo, Peter Christian, llegó al mundo un 6 de julio de 1805, la familia volvió a mudarse a Copenhague y se instaló en un apartamento en Østergade, donde Ane quedó embarazada de otro hijo, Søren Michael, que nació el 23 de marzo de 1807. Más tarde, cuando Niels Andreas llegó al mundo el 30 de abril de 1809, la familia se mudó a finales del verano a una casa situada entre la esquina de Frederiksberggade y el edificio que servía como ayuntamiento y palacio de justicia. La dirección era Nytorv 2 y la casa acogió a la familia Kierkegaard durante casi cuarenta años. Allí vivieron y allí murieron.

Y allí es donde la vida de Søren Aabye Kierkegaard tiene uno de sus muchos comienzos.

El tenedorcillo

Michael tenía cincuenta y seis años y Ane cuarenta y cinco cuando su séptimo hijo vino al mundo un miércoles 5 de mayo de 1813, por lo que fue una pareja muy experimentada la que, el jueves 3 de junio, llevó a su hijo menor a la pila bautismal en una ceremonia privada en la iglesia del Espíritu Santo. El sacerdote de la familia, el capellán residente J. E. G. Bull, bendijo al último hijo de la antigua doncella

y le bautizó como Søren Aabye Kierkegaard: Søren, como su alegre abuelo materno, y Aabye, por un familiar lejano recién fallecido cuya viuda, Abeline Aabye, asistió al bautismo.

El comerciante Kierkegaard podía echar la vista atrás y contemplar tiempos difíciles. El rey Federico VI había establecido con Napoleón una alianza desesperada contra los ingleses, quienes habían bombardeado sin piedad Copenhague en septiembre de 1807, convirtiendo grandes áreas en torno a Nytorv en un paisaje fantasmal. En octubre de ese mismo año, los ingleses zarparon del puerto llevándose consigo la flota danesa cautiva, y con ello dieron fin a toda una era de la historia marítima y comercial de Dinamarca. El dinero escaseaba en el reino, y el ministro de Finanzas Ernst Schimmelmann puso a funcionar al máximo rendimiento la imprenta de billetes, emitiendo más y más dinero, que circulaba sin fondos. Exactamente cuatro meses antes del nacimiento de Søren Aabye, el gobierno había decidido que los llamados billetes corrientes, que podían canjearse por plata, debían canjearse por billetes del Banco Nacional, cuyo valor ascendía tan solo a una sexta parte del original. La bancarrota del Estado era un hecho. Acciones, hipotecas, pagarés y otros valores servían para poco más que para constatar la quiebra financiera de su titular. Desde 1814, año en que Dinamarca hubo de renunciar a Noruega, hasta 1820, unas doscientas cuarenta y ocho empresas danesas quebraron. Cada semana un negocio caía en la ruina.

Solo los «bonos reales» se salvaron de tan drástica devaluación, y fue precisamente en ellos donde el comerciante Kierkegaard había confiado su dinero. Que hubiera delegado la gestión de su negocio a otros no significaba que hubiera dado la espalda al mundo económico. En una colecta de 1808 para restaurar la flota danesa, él y sus parientes patrióticos financiaron de sus propios bolsillos la construcción de una nave cañonera, y cuando en 1820 quebró la empresa Kierkegaard, Aabye y Cía., del tratante de seda y tejidos Anders Andersen Kierkegaard, Michael Kierkegaard asumió el control de daños y perdonó al negocio una deuda de nada menos que de once mil táleros reales.⁵

En los registros de bautismo y confirmación seguía figurando como «vendedor de calzas», «tratante de medias» o «tratante» a secas, a veces precedido por un «anteriormente»,⁶ pero cuando Michael Kierkegaard se inscribía en el libro parroquial para tomar la comunión, reconocía su promoción social y se autodenominaba «comerciante».⁷ Gracias a una catástrofe financiera se había convertido en uno de los hombres más ricos del país. Una generación más tarde,

tristemente consciente de haber nacido en semejante situación paradójica, su hijo menor se lamentaba con estas palabras: «Nací en 1813, el año de la bancarrota, cuando tantos otros billetes sin valor fueron puestos en circulación. Hay algo grande en mí, pero a causa de una coyuntura desfavorable valgo muy poco. Y un billete así se convierte en ocasiones en la desgracia de la familia».

Cuando nació, Søren Aabye tenía tres hermanas de dieciséis, trece y once años, y tres hermanos de siete, cinco y cuatro. Tres niños y tres niñas conformaban una bella simetría, a la que sus nombres compuestos contribuían con una armonía plácida. Søren Aabye Kierkegaard rompió aquel equilibrio y puso fin a la prole de forma tan imprevista como esta había comenzado. No era en absoluto un niño fácil; al contrario, según sus primos segundo y tercero era más bien un niño travieso y enfadadizo con el que no convenía pasar el rato. Uno de ellos se refería a él como «un niño muy mimado y travieso, siempre pegado a las faldas de su madre»,⁸ mientras que el otro hacía notar lacónicamente: «Søren se sentaba siempre en un rincón a quejarse».⁹ En casa le apodaron «el tenedor», porque fue lo que respondió cuando se le preguntó qué sería de mayor. «Un tenedor», respondió el niño, lleno de pecas. «¿Por qué?» «Pues porque así podría pinchar todo lo que quisiera en la mesa.» «Sí, pero ¿y cuando vayamos a por ti?» «Pues os pincharé.»¹⁰ Y así fue como se quedó el apodo de «el tenedor», debido a «su temprana inclinación a hacer comentarios punzantes».¹¹

Dos grandes tragedias golpearon repentinamente a la familia Kierkegaard, lo que con toda probabilidad supuso que el hijo menor recibiera especiales mimos y cuidados y gozara de una serie de privilegios que los niños rara vez llegan a disfrutar. El 14 de septiembre de 1819 Søren Michael, de tan solo doce años, murió en el hospital Vartov por una hemorragia cerebral causada por el choque con otro niño en el patio de la escuela. Y el 15 de marzo de 1822 murió Maren Kirstine con veinticuatro años. Sin embargo, a juzgar por la esquila que los afligidos padres publicaron en el *Adresseavisen* el 18 de marzo, parece que su muerte no era del todo inesperada: «Anunciamos a nuestra familia y amigos que, por la gracia de Dios, el día 15 de este mes ha tenido una muerte plácida y tranquila nuestra hija, Maren Kirstine, quien ha sido llamada al reino celestial en su vigesimoquinto año de vida, tras catorce años de enfermedad».¹² Maren Kirstine, resultado del terrible desliz del comerciante Kierkegaard, había estado enferma durante catorce años, y tuvo una «plácida y tranquila muerte» —la cual no habría sido completamente sosegada, pues

la causa de fallecimiento que consta en el acta de defunción es «convulsiones».

El 21 de marzo es enterrada en la parcela familiar del cementerio de Assistens, donde yacía su hermano menor. Ambos niños compartieron la misma lápida de arenisca plana y rojiza, situada delante del monumento vertical que Michael Kierkegaard colocó en diciembre de 1798 ante la tumba de su primera esposa, Kirstine Nielsdatter Røyen, con la inscripción de las fechas de su nacimiento y muerte. Sin embargo, en la lápida de los dos niños solo aparece la fecha de nacimiento y muerte de Maren Kirstine, lo que no es un simple descuido. Antes bien, es más probable que Michael Kierkegaard deseara aderezar su tumba familiar como una suerte de confesión pública, de modo que cualquiera pudiera ver que él, un piadoso comerciante, había tenido a su hija Maren Kirstine menos de un año y medio después de la muerte de Kirstine Nielsdatter Røyen, y por tanto la habían concebido solo nueve meses después de la muerte de su esposa.

La enfermedad y la muerte contribuyeron a mermar el ánimo de un hogar en que las diversiones ya de por sí eran escasas. Los juguetes se consideraban superfluos, y el huso de hilo de la madre era lo único con lo que Søren Aabye podía entretenerse. No obstante, abajo en la plaza la vida era por completo diferente. En los días de mercado, a través de las ventanas de la casa se podía seguir a los campesinos cuando llegaban con sus carretas cargadas de grano y reses recién sacrificadas para instalarse entre las mujeres de Valby, quienes gritaban con voz ronca a sus polluelos y gallinas, que apenas volaban. En el aniversario del rey, manzanas doradas danzaban en los chorros de agua de la fuente de Gammeltorv, y eso sí era digno de admiración. El primer jueves de marzo, llegó el rey montado en su carruaje dorado para inaugurar la Corte Suprema junto con los más eminentes juristas de la nación. Fue como un cuento de hadas que duró varios días. Cuando terminaron las festividades, pudo verse a un grupo de pobres demacrados provenientes de Ladegården barriendo las plazas y sus alrededores con sus escobas de ramillas pardas.¹³

El domingo era día de descanso y se acudía al templo. J. E. G. Bull, de la iglesia del Espíritu Santo, fue el sacerdote y confesor de la familia hasta 1820, y había bautizado a la mayoría de los niños Kierkegaard y confirmado a las tres hijas de la familia. La liturgia de 1685 prescribía que todo aquel que quisiera bautizarse debía inscribirse con uno o dos días de antelación en «un libro designado a tal efecto», para que el sacerdote pudiera rechazar a los indignos y el sacristán tuviera tiempo para preparar el pan y el vino necesarios. En estos

registros parroquiales del período 1805-1820 se muestra la regularidad con que el comerciante Kierkegaard y su mujer se confiesan y toman la comunión. Por lo general, la gente comulgaba solo tres o cuatro veces al año, y la familia Kierkegaard siempre eligió los viernes para ello. El matrimonio seguía también la tradición pietista de tomar la comunión durante la Cuaresma y en días de especial importancia para la familia, como en las vísperas del cumpleaños de Ane, el 18 de junio, y de Michael, el 12 de diciembre.

Bull predicaba el evangelio con un lenguaje sencillo, hacía énfasis en los aspectos éticos del cristianismo, y hasta el poeta Adam Oehlenschläger lo calificaba como un «hombre bueno y respetable».¹⁴ Sin embargo, a principios del verano de 1820, Michael Kierkegaard dejó de recurrir a Bull para asistir a los servicios del primer capellán, J. P. Mynster, quien había sido designado en 1811 a la iglesia de Nuestra Señora, pero hubo de predicar en la iglesia de la Trinidad ya que la de Nuestra Señora seguía en ruinas desde el bombardeo inglés y no volvió a ser consagrada hasta el domingo de Pentecostés de 1829. La explicación más plausible del cambio repentino a Mynster es que por aquel entonces el sacerdote era el predicador preferido entre los intelectuales y acomodados. Mynster fue el confesor de Kierkegaard hasta finales de 1828, cuando fue trasladado a la iglesia del Castillo y dejó de ejercer como confesor en la Trinidad, pero siguió siendo el sacerdote favorito de la familia, y sus escritos religiosos y sermones se leían en casa. Una vez Michael prometió al pequeño Søren Aabye un tálero por leer en voz alta uno de los sermones de Mynster, y cuatro si escribía el sermón que había escuchado por la mañana en la iglesia, pero Søren Aabye lo encontró deshonesto y se negó resueltamente a hacerlo.¹⁵

Los sermones de Mynster no lograron expulsar las creencias populares de la familia Kierkegaard, por lo que estas reinaban en su hogar. De la lectura de un pasaje al azar de la Biblia se creía que uno podía esperar *literalmente* de todo menos un mensaje aleatorio de la Autoridad Divina sobre acontecimientos venideros o cometidos urgentes; y del mismo modo, las fechas de defunciones y nacimientos se asociaban entre sí con fatalidad. Un día, cuando durante la cena Søren Aabye tiró el salero y se lastimó, su padre se puso furioso y le llamó hijo pródigo y otras cosas terribles. Søren Aabye trató de defenderse lo mejor que pudo, y recordó la vez en que a Nicoline Christine se le había caído al suelo una sopera muy cara y ni siquiera se le había reprendido por ello; pero el padre le respondió que en ese caso no era necesaria una reprimenda, pues tener una sopera así

de costosa era un privilegio tan grande que era evidente que lo que había ocurrido no era más que un infortunio. Søren Aabye aceptó la explicación, y muchos años después concluyó sus consideraciones retrospectivas del incidente con estas palabras: «Hay algo de la grandeza de la Antigüedad en esta pequeña historia».¹⁶ En este caso la moralina no es solo un poco patética, sino que se sustenta en suposiciones disparatadas: ¡el padre regañó a su hijo y golpeó el salero volcado porque derramar sal, según las supersticiones populares, presagiaba perder dinero!

Igual de lejos del cristianismo que representaba Mynster estaba la Congregación de Hermanos de Moravia, situada en Stormgade, donde la familia Kierkegaard acudía los domingos por la tarde. La congregación había sido fundada en 1739, inspirada por el imaginativo y genial organizador conde Zinzendorf, quien había establecido la colonia Herrnhut en su finca, en la Alta Lusacia, actual Sajonia, con el propósito de difundir el cristianismo como una «religión del corazón». El corazón no debía ser aplastado bajo el peso de la conciencia del pecado que la ley despertaba, sino que debía, por el contrario, fundirse al calor de la ternura y el amor, y ello solo podía llevarse a cabo predicando el Evangelio de Cristo, Salvador y Redentor. La congregación morava no formaba parte de la Iglesia estatal, sino que tenía su propia comprensión de lo que según el Nuevo Testamento era una congregación, lo que complicó su organización eclesiástica y política y supuso su persecución tanto por el gobierno como por el clero. Desde 1773, la congregación de Copenhague había tenido su centro espiritual en la ciudad de Christiansfeld, cuyas mejores manufacturas —¡incluso su pan de jengibre!— eran vendidas en Copenhague. Durante las primeras décadas del siglo XIX la congregación morava de Copenhague había experimentado un aumento tal de seguidores que había sido necesario reconstruir su lugar de encuentro para acoger no menos de seiscientas almas. La dirección de estos trabajos fue confiada a Michael Kierkegaard, quien pudo así erigir un recuerdo tangible de su vínculo con el moravianismo, que duró toda su vida.

Si se leen los sermones sobre la Pasión de Cristo del sacerdote Peter Saxtorp, quien había sido el pastor de Michael Kierkegaard hasta 1795, uno puede hacerse una idea de cómo era el tono en la sala de la congregación, austeramente decorada, cuando los opositores del racionalismo teológico dominante de la época se unieron a otros creyentes afines para adorar a Dios con recogimiento y fervor. Saxtorp era una persona muy cercana a la congregación, y el pesar que

mostraba en sus sermones por la sangre y las heridas de Cristo suponían algo así como un epítome del moravianismo:

Escupieron a Cristo en su rostro, oh, qué afronta tan terrible; nosotros, miserables gusanos, consideramos que es una gran vergüenza y un abuso que alguien nos escupa. Y aquí no solo escupen a Jesús o a sus ropajes, sino que le escupen justo en la cara. ¡Oh, qué grande fue ese desprecio! ¡Qué lastimoso lucía el rostro bendito de Jesús! Especialmente cuando sus manos estaban atadas y no podía limpiarse la suciedad. Es de veras un espectáculo asombroso que el mismísimo Hijo de Dios, que es la Gloria del Padre y la imagen expresa de Su Ser, se muestre con la cara llena de saliva, la cara que antes brillaba como el Sol en el monte Tabor.¹⁷

Son estas lúgubres imágenes de la congregación morava las que se adueñaron de la imaginación de un niño sensible como Søren Aabye e impregnaron su visión de la vida.

En verano ocurrió el gran milagro. Los niños fueron enviados al norte para unas vacaciones en casa de Mads Røyen, y fueron alojados en «Petersbog» [el castillo de Peter], donde pasaban las tardes enteras jugando sin parar hasta el anochecer. El 29 de julio de 1826 el padre escribió lo siguiente a su hijo mayor: «Como es habitual, Søren pasa las vacaciones en Friderichsborg».¹⁸ Muchos años después, en julio de 1838, Søren Kierkegaard estaría una vez más ante aquella casa con el bosque de fondo, y recordaría cómo había corrido de un lado para otro, siendo apenas un niño despreocupado con camisa verde y pantalones grises, un niño al que ya no podía alcanzar, por mucho que corriera en sus recuerdos. Proseguía después: «Ocurre con la contemplación de la infancia lo que ocurre con la contemplación de un lugar hermoso cuando lo atraviesas mirando hacia atrás: solo eres plenamente consciente de su belleza en el momento, en ese mínimo instante en que empieza a desaparecer».¹⁹

Un tenedor que se doblaba

Cuando el Kierkegaard adulto vuelve la vista atrás hacia el pequeño Søren Aabye para entenderse a sí mismo y comprender el curso de su vida, rara vez es la historia real con sus circunstancias concretas lo que le interesa. Es antes bien el relato dramático o arquetípico lo que satisface su contemplación, la escenografía en sí misma y las escenas

simbólicas. Su memoria es literaria, tan subjetiva como selectiva, y solo recuerda las cosas que quiere y exactamente como quiere. Es imposible determinar el punto en que la historia real acaba y el relato ficticio empieza. En particular, el modo de retratar a su padre es un magnífico ejemplo de ello: tan pronto muestra un poder que podría equipararse al de los patriarcas del Antiguo Testamento, como se le atribuye una imaginación tan extraordinaria que reduce cualquier cuento a la prosa más triste y hace palidecer y marchitarse los bosques más bellos. Pero no sabemos quién fue realmente Michael Pedersen Kierkegaard, aunque a juzgar por las obras y diarios de Kierkegaard podría decirse incluso que sabemos demasiado.

Si nos limitamos a las modestas fuentes materiales de que disponemos, obtenemos la imagen de un señor estricto y meticuloso, que exigía a su alrededor obediencia, austeridad y un cuidado del detalle que rozaba lo insoportable. «El anciano era extremadamente puntilloso con el lustre de zapatos y botas, no debía encontrarse en ellos ni una mancha, ni un grano de arena»,²⁰ cuenta uno de sus sirvientes, y continúa diciendo con el corazón en un puño: «No se podía bromear con él cuando se enfadaba; no es que gritara o blasfemara, pero la seriedad con la que hacía sus reproches calaba más hondo que un gran estruendo. A lo sumo un músculo del cuello se le movía de una forma extraña cuando sus palabras eran más duras de lo habitual».²¹ Como adulto, Søren Aabye escribió que su «padre nació en el día previsto»,²² y deseaba ser tan puntual en todo que compraba el pan para una cena con invitados catorce días antes de la fecha señalada. Su abultada riqueza no le impidió conservar como ideal de vida la sencillez jutlandesa. Los niños vestían ropas modestas, incluso austeras, en especial las niñas, que pronto hubieron de acostumbrarse a atender a sus hermanos menores, mejor educados que ellas. El propio Michael Kierkegaard tenía un traje de gala (un «traje de porcelana») cuyos cuello y solapas se volteaban solo cuando se lo ponía, nunca antes.²³ Su conservadurismo era afín a una profunda reverencia por todo aquello que ostentara rango y distinción, y se decía que profesaba un respeto redoblado por su amigo Boesen: «tanto por el hombre como por el consejero de justicia».²⁴ Durante largas temporadas se entregaba al estudio del filósofo alemán Christian Wolff —leía nada menos que sus *Pensamientos razonables sobre las capacidades del entendimiento humano y su justo empleo para el conocimiento de la verdad*—, y a pesar de no haber ido a la escuela, podía ser afilado como un cuchillo cuando intervenía en los debates académicos de sus hijos, léidos y más instruidos que él. «El hombre más talentoso que he conocido», decía años más tarde

Peter Christian sobre él, mientras que el teólogo Frederik Hammerich lo calificó de «maravillosamente dotado», y continuaba: «El viejo comerciante jutlandés era un hombre que siempre estaba leyendo, podía entender y trabajar con sistemas filosóficos, y sin embargo hacía él mismo la compra en el mercado cada día; todavía le recuerdo volviendo a casa con un buen ganso entre las manos».²⁵ Su nieta Henriette Lund recordaba vivamente

la venerable figura del abuelo con su largo abrigo de paño, sus pantalones embutidos en las cañas de las botas, un robusto bastón con empuñadura de oro en las manos, y lo que era de mayor interés para los niños: los bolsillos llenos de galletas de jengibre. Su complexión era fuerte, su cara se perfilaba con rasgos firmes y bien definidos, tenía la cabeza un poco inclinada, y sus ojos conservaban la expresión de contemplar todavía, ensoñados, los brezales de Jutlandia.²⁶

En la calle, se le veía habitualmente con «abrigo gris, chaleco o camisola, pantalones de terciopelo o algodón de Manchester, negros o blancos, calcetines de hilo o medias de seda, zapatos con grandes hebillas o botas húngaras con borlas en el empeine».²⁷ Como en la mayoría de los casos, este es un retrato del comerciante Kierkegaard visto *desde fuera* y sin ninguna profundidad psicológica, mientras que si alguien se interesa en Michael Kierkegaard, seguro que querrá reconocer cuáles eran sus posibilidades mentales, cuáles sus patrones de comportamiento y qué disposiciones pudieron influir en su hijo.

El padre debe sin duda a su hijo menor la formidable reputación que ha adquirido con los años. En el momento en que *O lo uno o lo otro* estaba casi acabado, Kierkegaard escribió también un esbozo parcialmente autobiográfico titulado *De omnibus dubitandum est*, en que un joven caballero llamado Johannes Climacus ofrece una extensa y del todo inmodesta descripción de su propio desarrollo intelectual. En un pasaje de su «Relato», como se denomina el excursus, describe el hogar de su infancia con tanto cuidado y detalle que el pasaje se ha convertido en un *must* de cualquier biografía:

Su casa no ofrecía muchas diversiones y, como por lo demás nunca salió demasiado, tuvo pronto que entretenerse consigo mismo y con sus propios pensamientos. Su padre era un hombre muy severo, aparentemente seco y prosaico, pero bajo esa oscura capa ocultaba una ardiente fantasía que ni siquiera la vejez consiguió embotar. Cuando algunas veces Johannes pedía permiso para salir, las más de ellas obtenía una negativa. En cambio,

en alguna ocasión su padre le propuso como recompensa pasear de la mano arriba y abajo por la casa. A primera vista se trataba de una pobre compensación; sin embargo, pasó con esto lo mismo que con aquella oscura capa, que ocultaba en su interior algo completamente distinto. Cuando la propuesta era aceptada, a Johannes se le permitía determinar adónde podían ir. Iban hasta más allá de las puertas de la ciudad, hasta un cercano palacio de recreo, hasta la orilla del mar o a recorrer las calles, todo tal y como Johannes quería, pues el padre era capaz de todo. Mientras subían y bajaban por la casa, el padre le daba a conocer todo lo que veían; saludaban a los transeúntes; los coches, que atronaban al pasar delante de ellos, ahogaban la voz del padre; las golosinas de las pastelerías eran más apetitosas que nunca. Se lo enseñaba todo con tanta precisión, de forma tan vívida, con tanto realismo hasta el detalle más insignificante [...]. Para Johannes era como si el mundo se hiciese presente en la conversación, como si el padre fuese Nuestro Señor y él mismo su favorito, con licencia para proponer sus ideas más alocadas en todo lo que alegremente deseara. Nunca era desatendido y el padre no se cansaba, todo se hacía para contento y satisfacción de Johannes.²⁸

Hay una ligereza amable, casi lírica, en el gesto literario con que Kierkegaard —hasta el momento— fue capaz de mantener a distancia las experiencias traumáticas de su infancia. Una mano invisible ha borrado cualquier elemento perturbador y ha silenciado todas las voces que no fueran las del padre y el hijo. Olvidamos demasiado rápido que tal episodio tuvo lugar «una sola vez», tan rápido como identificamos a Johannes con Søren Aabye, y así la escena se va deslizando con disimulo hacia la sala de estar de la casa de Nytorv 2. Más adelante, el episodio no tardó en figurar como un hecho biográfico —cuando *solo* lo es en la medida en que una historia siempre dice *también* algo de quien la cuenta—. En la imagen del paseo del padre por los pasillos de la casa y el salón se aprecia además a un hombre muy decidido que desea que su hijo alcance en lo intelectual el éxito que él ha obtenido en lo económico. Como adulto, Søren Aabye recordará las «miles de veces» que su padre le decía —y con razón!— que si realmente quería llegar a algo como escritor, debería «escribir en una de las lenguas europeas» y no en esa lengua de un pueblo perdido —«*Krähwinkelsprog*»— llamada danés.^{*29}

* El término despectivo que el padre de Kierkegaard empleaba para calificar la lengua danesa significa, literalmente, «la lengua de Krähwinkel». Este topónimo fue empleado por el dramaturgo alemán August von Kotzebue en su obra *Die Deutschen Kleinstädter* [Los habitantes de una pequeña ciudad de Alemania] (1803), y significa

Solo cuando Kierkegaard, ya mayor, guía paso a paso al lector por una larga y estrecha escalera al patio trasero de su infancia, se comprende que el idilio almibarado del hogar de los Kierkegaard no es sino mera fantasía. «Desde luego, es terrible», escribe en el otoño de 1848, «cuando pienso, aunque solo sea por un momento, en lo oscura que era mi vida en sus comienzos. La angustia con que mi padre llenaba mi alma, su propia y terrible melancolía, y otras cosas similares que ni siquiera puedo escribir. Tal fue la angustia que yo sentía por el cristianismo, y sin embargo también me sentía fuertemente atraído hacia él.»³⁰ Con una ambivalencia emocional y una lealtad equívoca que podría recordar a la paradójica devoción que profesan las víctimas de incesto por sus acosadores, Kierkegaard afirma a menudo, en apartes entre paréntesis, que el suyo era el mejor y más cariñoso de todos los padres, como ocurre en la entrada de su diario del 9 de junio de 1847, donde el paréntesis es bastante explícito: «(Dios misericordioso, cuánto daño me ha hecho mi padre con su melancolía, un anciano dejando caer toda su pesada melancolía sobre un pobre niño, por no decir cosas más terribles, y sin embargo y pese a todo fue el mejor padre)».³¹ Un poco más tarde, un pasaje sin fecha reza así: «Aquí está la dificultad de mi propia vida. He sido educado muy estrictamente por un anciano en el cristianismo, y por ello mi vida me resulta tan confusa, y por ello he sido lanzado a colisiones y conflictos en los que nadie piensa, y menos aún habla».³² Cuando el hijo compuso al año siguiente el manuscrito *El punto de vista sobre mi actividad como escritor*, la relación se presenta en su forma oficial:

De niño fui estricta y seriamente educado en el cristianismo; humanamente hablando, insanamente educado: desde mi más tierna infancia me había impresionado cómo un anciano melancólico había depositado en mí toda una serie de ideas que ya le habían aplastado a él mismo. Era un niño con las ideas y las apariencias de un viejo melancólico. ¡Terrible! Había ocasiones en que el cristianismo me parecía la más inhumana crueldad, aunque nunca, ni siquiera cuando más lejos de él me sentía, abandoné mi veneración. Estaba firmemente convencido —especialmente si decidía convertirme en cristiano— de no iniciar a nadie en las dificultades que yo viví y sobre las que nunca escuché ni leí nada.³³

«el rincón de la corneja». Con él se refería con sarcasmo a un pueblo remoto de costumbres supuestamente rústicas y poco refinadas, tan alejado de la civilización como Dinamarca y su lengua lo estarían de esa ilustrada Europa que escribía en francés y alemán. (*N. del T.*)

Un año después el diario contiene una anticipación a Freud:

Es terrible ver la frivolidad, la indiferencia y la confianza con que se educa a los niños. Y, sin embargo, a los diez años ya se es lo que se será. Puede verse que casi todas las personas cargan con daños de su infancia que no podrán superar ni siquiera cuando lleguen a los setenta. Y cada idiosincrasia desafortunada tiende a crecer de alguna impresión errónea recibida durante la infancia. Oh, qué triste sátira para la raza humana: que el Señor ha equipado a casi cada niño tan generosamente porque sabía de antemano lo que les esperaba: ser criado por «padres», es decir, ser tan malogrado como una persona es capaz de hacerlo.³⁴

Kierkegaard sabía bien de qué hablaba; pero hasta el momento no había hablado de lo que sabía. En sus diarios se buscan en vano los detalles concretos de los abusos de su padre, pero ello no significa que sencillamente hayan desaparecido de la historia, sino al contrario. Con sus abusos traumáticos, el padre dotó a su hijo de un capital artístico propio que este logró manejar con genialidad, invirtiéndolo en sus escritos pseudónimos. Si queremos desvelar sus secretos, los más violentos y los menos, estamos obligados a examinar sus escritos, a leerlos una vez más con suspicacia y perseverancia.

Søren Calcetín

Llegué a la escuela, fui presentado al profesor, y luego recibí mis deberes para el día siguiente: las primeras diez líneas del catecismo de Balle, que debía aprender de memoria. Cualquier otra impresión se desvaneció de mi mente, solo mi tarea se mantuvo viva en ella. De pequeño tenía una muy buena memoria. Rápidamente me aprendí la lección. Mi hermana me había escuchado muchas veces y me aseguró que me la sabía. Me fui a la cama, y antes de dormirme volví a recitar la lección para mis adentros; me dormí con el firme propósito de leerla otra vez a la mañana siguiente. Me levanté a las cinco de la mañana, me vestí, cogí mi catecismo y lo leí otra vez. Todo permanece en este mismo momento tan vivo como si hubiera pasado ayer. Creía que el Cielo y la Tierra se desprenderían del firmamento si no me aprendía la lección, y por otro lado me parecía que si el Cielo y la Tierra se desvanecieran, esta hecatombe de ningún modo me libraría de lo que se me había asignado: hacer mi tarea. [...] Si este acontecimiento dejó tal impresión en mí, se

lo debo a la seriedad de mi padre, y si no le debiera más que eso, sería ya suficiente para contraer con él una deuda eterna. De eso depende la educación: no de que el niño aprenda esto o aquello, sino más bien de despertar sus energías.³⁵

La historia de este buen pupilo que se aprende las diez primeras líneas del catecismo del obispo Balle de memoria es empleada por el juez Wilhelm en la segunda parte de *O lo uno o lo otro* para instruir al distraído esteta en lo que significa el deber. Y puesto que el propio Kierkegaard es tan parco en palabras como prolijo el juez Wilhelm cuando trata el tema de la escuela, no es extraño que cayera en la tentación, una vez más, de cerrar los ojos ante los hechos históricos y hacer de Søren Aabye el protagonista del relato poético de Wilhelm. Sin embargo, la realidad es mucho más prosaica.

Cuando, en 1821, Søren Aabye concluyó su educación primaria obligatoria y fue enviado a la escuela Borgerdyd, su hermano Niels Andreas era alumno de un curso superior y su otro hermano, Peter Christian, estaba a punto de ir a la universidad. El apellido Kierkegaard ya era conocido entre los profesores, que tenían grandes expectativas del pequeño Søren Aabye gracias a los impresionantes resultados de Peter Christian. La escuela, situada en el segundo piso de la vetusta finca de Søren Gyldendal, en la calle Klareboderne, fue fundada en 1787 por la Sociedad de Borgerdyd [Sociedad de la virtud cívica], cuyo propósito consistía en ofrecer a la burguesía acomodada una alternativa educativa, de carácter más práctico, a la que se ofrecía en la erudita Escuela de Nuestra Señora, conocida como la Escuela Metropolitana. Sin embargo, la escuela Borgerdyd se convirtió muy pronto en un instituto [*latinskole*], y gracias al autoritario Michael Nielsen, director de la casa desde 1813 hasta 1844, se ganó la reputación de ser uno de los mejores centros de enseñanza del país. Tal reputación se debía en muy buena medida a una disciplina de hierro. Por entonces, el lema del director era: «¡Cualquier niño que pase por Klareboderne debería temblar!».

El director Nielsen era jutlandés y un hombre de la vieja escuela en todos los sentidos, exactamente como el comerciante Kierkegaard. Al igual que muchos de sus colegas, era profesor titular de su asignatura, y no cabía duda alguna de su destreza como latinista. Las opiniones sobre su capacidad pedagógica no eran tan elogiosas, y los compañeros de Kierkegaard parecían estar en gran medida de acuerdo. Quien años después sería profesor de literatura y editor, F. L. Liebenberg, recordaba el «rigor bárbaro» del director Nielsen, y N. C.

L. Abrahams, que llegaría a ser profesor de literatura francesa, le llamó «tirano y pedante», mientras que el sacerdote Edvard Anger lo describía como «déspota», a lo que añadía: «Solo nos enseñó a obedecer, a callar ante las injusticias más sádicas y a componer oraciones en latín». Y para Orla Lehmann, quien fue a la universidad tres años antes que Kierkegaard, el director no era más que un

niño de pueblo que se había abierto paso en circunstancias difíciles hasta alcanzar una posición considerable, más por sus esfuerzos y perseverancia que por sus excelentes dotes intelectuales. Llevaba la huella inconfundible de este pasado no solo en su personalidad grosera, sino también en su educación y modales, más vinculados al castigo que a la motivación, más próximos al respeto y la deferencia que a la empatía y la curiosidad.³⁶

Cuando los alumnos llegaban a las nueve de la mañana, Nielsen pasaba por todas las aulas y castigaba los retrasos con su especialidad, llamada el *doble guantazo* (primero con el dorso de la mano, luego con la palma), acompañada de insultos como «alimaña» o «burro». La puntualidad era algo que literalmente martilleaba la cabeza de los niños. Las infracciones se anotaban en el libro de incidencias de clase, y los culpables eran castigados sin recreo. Para las faltas graves, Nielsen se servía de una vara. Día a día, solía calmar a los niños por los pasillos diciendo «*sinde, sinde*», una expresión en jutlandés que significa algo así como «calma, calma». Solo con las tormentas se relajaba la disciplina, pues en tales ocasiones Nielsen se asustaba, se cruzaba de brazos y decía: «Cuando Dios habla, yo callo», a lo que inmediatamente añadía: «Pero cuando yo hablo, vosotros os calláis». Además de las inflexiones latinas, a Nielsen le encantaban las sentadillas y otros ejercicios físicos, y según se dice, era aficionado al *langbold*, un deporte de balón y bate típico que el profesor practicaba con sus alumnos al aire libre, en Fælleden. Nielsen llevaba a sus alumnos también a clases de natación, y acudían por ejemplo a Rysensteen Badeanstalt, en la playa de Kalvebod.³⁷

«Mi antiguo maestro de escuela era un héroe, un hombre de hierro. ¡Ay, ay del niño que no pueda responder sí o no a una pregunta directa!»,³⁸ escribió años después Kierkegaard, que sin embargo apreciaba también cierta sensibilidad en el fondo de aquel director de escuela tan disciplinario, y a quien en 1843 envió sus *Tres discursos edificantes* con la siguiente dedicatoria: «Al excelente director de Borgerdyd, el inolvidable profesor de mi juventud, mi estimado modelo

en los años sucesivos», además de despedirse en una carta del 6 de mayo de 1844 con las palabras: «En gratitud y amor, su muy devoto S. Kierkegaard».³⁹ Aunque ya en la primera de sus cartas, fechada el 8 de marzo de 1829 y dirigida a su hermano Peter Christian, que residía por entonces en Berlín, Kierkegaard describía con una ternura conmovedora que Nielsen se quejaba de una pierna mala que le impedía dedicarse a la enseñanza cotidiana. Los alumnos tenían que presentarse en su despacho para recitar la lección, después de lo cual Nielsen les asignaba «tantos ejercicios de latín que al final ni él mismo podía resolverlos todos». Un accidente en el pie al tratar de extinguir el fuego provocado por una de las estufas de madera de la escuela no hizo más que empeorar el estado de Nielsen, aunque pudo volver a enseñar en la clase de Søren Aabye, a la que acudía cada día cojeando con «una pantufla y una bota».⁴⁰

El tipo de estudiante que fue Søren Aabye está muy bien documentado. El primer editor de los papeles póstumos de Kierkegaard, H. P. Barfod, se puso en contacto en la década de 1870 con algunos de los antiguos alumnos de la escuela para que contaran sus recuerdos de quien por entonces ya era el famoso Kierkegaard. Aquello que fueron capaces de recordar medio siglo después debe tomarse con todas las reservas posibles, pero ciertos rasgos se repiten con tanta frecuencia, que empiezan a parecerse a lo que cautelosamente podríamos llamar hechos. Con pocas excepciones, casi todos destacan que Søren Aabye era un bromista. Los testimonios de mayor calado psicológico relacionan las bromas con su inferioridad física y su vestimenta estrafalaria, que lo hacían vulnerable y lo exponían ante el resto, de modo que él mismo hacía las bromas que quería evitar. Siguiendo el gusto de su padre, Søren Aabye vestía un traje de tela gruesa negra con una chaqueta de tiro corto. Pero su armario debía tener espacio para otras prendas de ropa, pues una sobrina pudo contar años más tarde que su tío de pequeño «corría con un abrigo rojo».⁴¹ También los pantalones eran sorprendentemente cortos e incitaban al chiste fácil. «Me acuerdo muy bien», escribe Kierkegaard mucho tiempo después, «de cómo me entristecía, cuando era niño, tener que llevar unos pantalones tan cortos, y también me acuerdo de los chistes interminables de mi cuñado Christian.»⁴² Y mientras los otros niños calzaban botas, Søren Aabye debía conformarse con zapatos y medias de lana gruesa de la tienda de su padre. Ello le valió el apodo de Søren Calcetín, aunque también le llamaban «el niño del coro», porque recordaba a los niños vestidos de negro que cantaban en la escolanía de la iglesia.